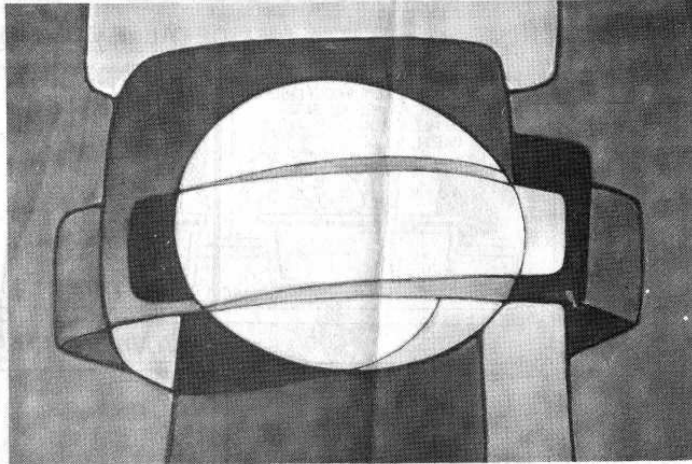
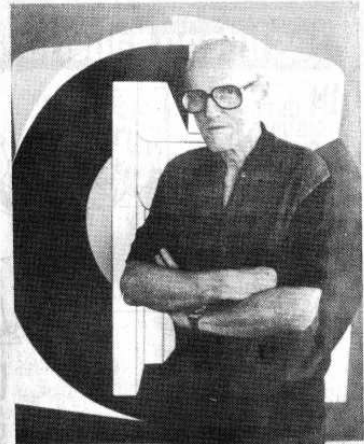


José María Salvador González, "Paúl Klose se escondió tras el arco iris", *Correo del Caroni*, Ciudad Guayana, 23 de mayo de 1993, p. C-5 (Publicado también en la misma fecha en *Diario de Caracas*, Caracas, 23 de mayo de 1993)



Petrushka 1991. Técnica mixta sobre tela, 51,5 x 72 cm.



Paul Klose en su taller de Caracas, 1991. catálogo).

Paul Klose se escondió tras el arco iris

José María Salvador

Con su pícaro sonrisa bonachona y su inabarcable bondad de niño grande de 78 años, Paul Klose se fue hoy —discreto y silencioso, como de costumbre— por el sendero de sus colores. Partió sereno y gozoso, jugando a esconder su recia humanidad y su alma grande tras los cristales gaseosos de ese arco iris que con tanto ahínco persiguiera en vida.

Se nos ha ido Paul Klose hacia la otra ribera, contento de poder ahora observar de frente, con sus ávidos ojos escrutadores, cómo viven y palpitan las imágenes detrás del espejo, cómo eclosionan las luces y florecen los colores en lo más íntimo y arcano del caleidoscopio.

para ver de cerca por medio de cuál inefable acrobacia las líneas pueden erguirse rígidas con severa disciplina o incurvarse sensuales con blanda mollicie.

Se alejó barrantando los imposibles cálculos de esa geometría secreta que labra con finura su estructura espacial e injerta con precisión los vectores y las superficies, esa geometría musical que articula en justa correspondencia formas y tonalidades, que ritma melódicamente sus elementos fundamentales y equilibra con ponderación los pesos visuales.

Se nos fue Paul Klose el perfeccionista, el insobornable buscador de quimeras en la matriz de la elusiva armonía. Nos dijo adiós el sempiterno obsesionado por la

de los timbres, por la exactitud de los valores tonales.

Se esfumó entre las brumas de la Caligine Insondable el pintor Paul Klose, el maestro del color, el dueño de los grises inefables, el domador de los matices imperceptibles.

Con su noble estampa de caballero integérrimo, con su intachable conducta monacal de austero creador consagrado por entero a su arte, ha ascendido a un Tiempo y a un lugar en que su obra será por fin reconocida sin las mezquindades, incomprendiones e injusticias que lo rodearon en vida.

Por la estela sin espuma que ha dejado en su travesía hacia el Más allá, Paul

inteligencia aunada a una sensibilidad agudísima, de esa su racionalidad inmovible en perfecto acuerdo con una entrañable calidez humana, de esa su espartana disciplina autocrítica en enriquecedora correlación con un lirismo sin fronteras. Por sobre todas las cosas, nos lega contundente e ineludible— su obra pictórica, refinada, sabia, sutil, rica, impecable.

En la tarde fría, al rescoldo de los tornasoles sanguinolentos del crepúsculo, el Maestro de los grises se ausentó para siempre.

Paul Klose, el archiconvencido artista abstracto, el empedernido e incurable abs-

Con su pícaro sonrisa bonachona y su inabarcable bondad de niño grande de 78 años. Paúl Klose se fue hoy —discreto y silencioso, como de costumbre— por el sendero de sus colores. Partió sereno y gozoso, jugando a esconder su recia humanidad y su alma grande tras los cristales gaseosos de ese arco iris que con tanto ahínco persiguiera en vida. Se nos ha ido Paul Klose hacia la Otra Ribera, contento de poder ahora observar de frente, con sus ávidos ojos escrutadores, cómo viven y palpitan las imágenes detrás del espejo, cómo eclosionan las luces y florecen los colores en lo más íntimo y arcano del caleidoscopio.

Klose escaló el horizonte del más allá para ver de cerca por medio de cuál inefable acrobacia las líneas pueden erguirse rígidas con severa disciplina o incurvarse sensuales con blanda mollicie. Se alejó barrantando los imposibles cálculos de esa geometría secreta que labra con finura su estructura espacial e injerta con precisión los vectores y las superficies, esa geometría musical que articula en justa correspondencia formas y tonalidades, que ritma melódicamente sus elementos fundamentales y equilibra con ponderación los pesos visuales.

Se nos fue Paul Klose el perfeccionista, el insobornable buscador de quimeras en la matriz de la elusiva armonía. Nos dijo adiós el sempiterno obsesionado por la solidez y

el balance de las formas, por la justeza de los cromas, por el afinamiento de los timbres, por la exactitud de los valores tonales.

Se esfumó entre las brumas de la Calígene Insondable el pintor Paul Klose, el maestro del color, el dueño de los grises inefables, el domador de los matices imperceptibles.

Con su noble estampa de caballero integérrimo, con su intachable conducta monacal de austero creador consagrado por entero a su arte, ha ascendido a un Tiempo y a un Lugar en que su obra será por fin reconocida sin las mezquindades, incomprensiones e injusticias que lo rodearon en vida.

Por la estela sin espuma que ha dejado en su trayecto hacia el Más Allá, Paul Klose, el sabio, ha ido sembrando a mares simientes abundosas de esa su penetrante inteligencia, aunada a una sensibilidad agudísima, de esa su racionalidad inconmovible, en perfecto acuerdo con una entrañable calidez humana, de esa su espartana disciplina autocrítica, en enriquecedora correlación con un lirismo sin fronteras. Por sobre todas las cosas, nos lega –contundente e ineludible— su obra pictórica, refinada, sabia, sutil, rica, impecable.

En la tarde fría, al rescoldo de los tornasoles sanguinolentos del crepúsculo, el Maestro de los Grises se ausentó para siempre.

Paul Klose, el archiconvencido artista abstracto, el empedernido e incurable abstracto, se nos ha ido hoy a paso quedo, casi a hurtadillas, hacia la Gran Abstracción.